

X-6^a

Transporte

0 JUL 1936
2
1983
BIBLIOTECA

U.G.T.

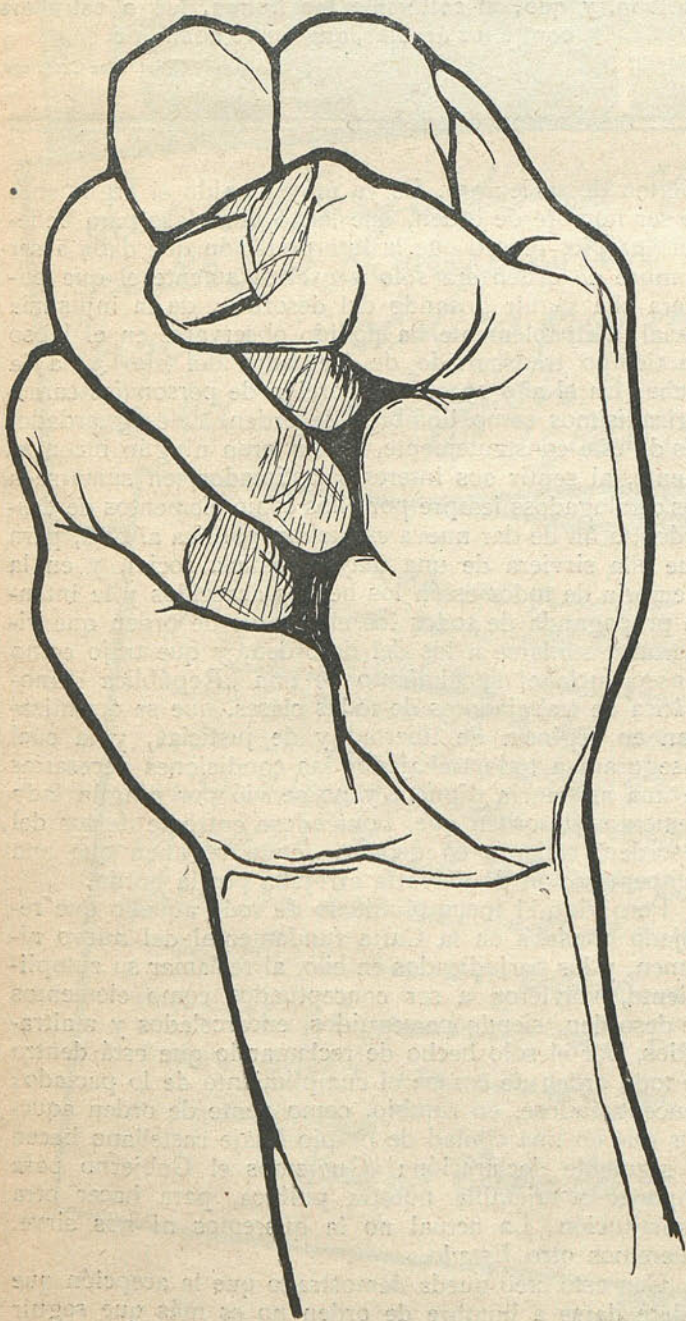
Año XI. Núm. 114

Madrid, febrero de 1936

Tercera época

Órgano de la Federación Provincial de Obreros del Transporte + Piamonte, 7 + Tel. 47719

AL LEVANTARSE LA CENSURA



Transporte

U.G.T.

DEDICA UN EMOCIONANTE RECUERDO

a los obreros muertos en la lucha.

¡Por nuestros presos!

¡Por los condenados a muerte!

¡Trabajadores! ¡Mujeres proletarias! Todos los días hemos de recordar a los 30.000 hermanos que sufren en las cárceles de España. ¡El verdugo acecha a 35 camaradas condenados a muerte!

Ha de ser el proletariado quien, con su potente fuerza, rompa los hierros de sus prisiones.

En el taller, la mina, el campo, la fábrica, en todos los hogares proletarios se escuche el mismo clamor:

¡AMNISTÍA! ¡LIBERTAD!

¡JUSTICIA!

¡¡Abajo la pena de muerte!!

Elementos de orden

Es sensible, pero es cierto: todavía existen obreros en los que prende la propaganda de sus mayores enemigos; aún hay en la clase trabajadora quien se atemoriza y se suma a la posición burguesa ante los que propugnan una revolución social que transforme completamente los medios económicos. Puede ser que donde radiquen más individuos con esta mentalidad y tan mediocre espíritu sea en nuestra profesión, y más concretamente en determinado sector de ella. No quiero con esto señalar a aquellos que ante el temor de la represalia fulminante del patrono ocultan hasta donde pueden su ideal de emancipación; me refiero a aquellos otros que fuera de los centros de trabajo, y hasta en su propio hogar, llegan en su espíritu servil a lanzar constantes diatribas contra los que luchan y cooperan a redimirlos de la esclavitud no tan sólo de una clase, sino también de la idea de esa misma clase, en cuanto sostienen la teoría de que han de sumarse a organizaciones híbridas que no se preocupan más que de salvarles de aquel riesgo en que les sume la injusta desigualdad de la clase a quien sirven. Buena prueba de ello han sido los tiempos pasados, en que la diosa Themis y sus adláteres, con los ojos vendados, conocían, sin embargo, hacia dónde habían de hacer correr la balanza, y cuando con su desigualdad de trato perseguían y maltrataban impunemente a compañeros de esta mentalidad, sus familiares permanentemente argumentaban en el sentido de que era hombre de orden que en nada se metía y que sólo se concretaba a ganar un pedazo de pan, sin que le preocupasen ideas políticas de ninguna clase, ya que no deseaba más que paz y tranquilidad, creyendo que con esto honorificaban al que sufría la persecución, injusta a todas luces; pero consecuente a ese apartamiento en la lucha que señalaban, y que es el motivo de que exista todavía una minoría que, por el solo hecho de su poderío económico, juzgue y esclavice a la inmensa mayoría que suma la clase trabajadora.

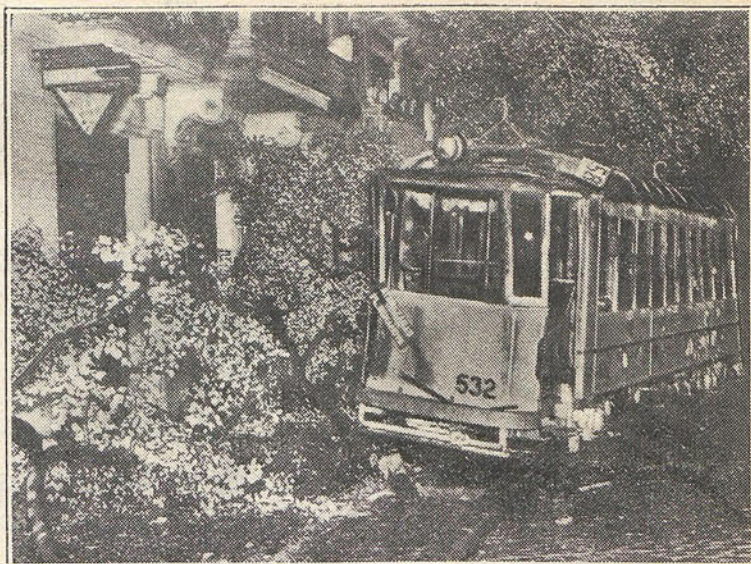
Es preciso que recapaciten estos compañeros y des-



Uno de los muchos autobuses incendiados por los huelguistas en Barcelona, y que inútilmente intentan apagar los bomberos.

(Fot. Díaz Casariego.)

EPÍLOGO DE UNA HUELGA



Tranvía incendiado por los huelguistas en una calle de Barcelona, y que, al soltársele los frenos, fué a estrellarse contra los árboles, quedando destruído.

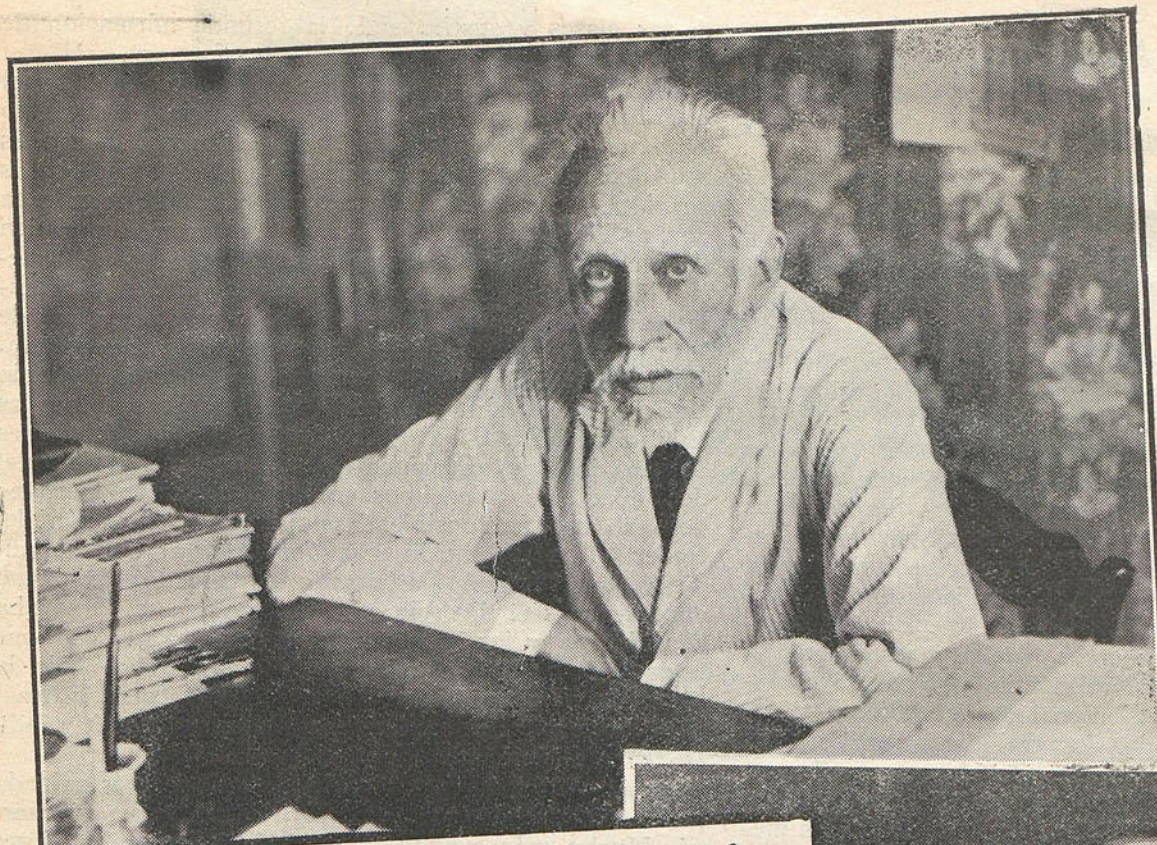
(Fot. Díaz Casariego.)

pierten de su letargo. Es ya muy manido el argumento de ser hombre de orden, que lanzó una clase para beneficio propio, puesto que la interpretación que daba a ser hombre de orden era sólo y exclusivamente el que pudiera ella seguir gozando del desorden, de la injusticia social. Palpablemente ha podido observarse en el lapso de tiempo transcurrido de mediados del año 30 a la fecha. En el año 1930, una porción de personajes caracterizadísimos como hombres de orden, fieles guardadores de éste constantemente, no tuvieron ningún inconveniente, al sentir sus intereses lastimados, en sumarse a los catalogados siempre por ellos como elementos de desorden, a fin de dar nueva estructura política al país, para que ella sirviera de una mayor justicia social, y en la memoria de todos están los hechos acaecidos y la intensa propaganda de todos los elementos de orden que vinieron a sumarse a los del desorden, y que trajo como consecuencia el surgimiento de una «República democrática de trabajadores de todas clases, que se organizaban en régimen de libertad y de justicia», y la cual «asegurará a todo trabajador las condiciones necesarias de una asistencia digna», y no se vió por ningún lado elementos de orden que, poniéndose enfrente de los del desorden, salieran en defensa de un régimen que una compenetración de mayoría arrojaba por la borda.

Pero vino el incumplimiento de todo aquello que reflejado quedaba en la Carta fundamental del nuevo régimen, y los perjudicados en ello, al reclamar su cumplimiento, volvieron a ser conceptuados como elementos de desorden, siendo perseguidos, encarcelados y maltratados, por el solo hecho de reclamar lo que está dentro de todo orden de cosas: el cumplimiento de lo pactado; conceptuándose, en cambio, como gente de orden aquellos que en una ciudad de limpio linaje castellano hacen la siguiente declaración: «Queremos el Gobierno para imponer a rajatabla nuestra política, para hacer otra Constitución. La actual no la queremos ni nos sirve. Queremos otro Estado.»

Con esto creo queda demostrado que la acepción que quiere darse a hombre de orden no es más que seguir

Do
figuras
Do
frases



Los trabajadores solo
podrán conquistar el
poder político por medio
de la revolución.
J. Iglesias.

"Una vez se puede ser
generoso con los enemigos.
Do veces no. Cuando
nos lancemos a la calle,
por segunda vez, que no
nos hablen de generosi-
dades. Y que no nos cul-
pen si los excesos de la
revolución se extrema
hasta el punto de no
respetar ni cosas ni
personas."

Largo Caballero.



(Fots. Díaz Casariego.)

Los mercenarios del capitalismo

Que el movimiento sindical obrero es la mejor potencia para el triunfo del proletariado lo sabe hasta la propia burguesía, que siempre ha procurado tener Sindicatos de trabajadores adictos e incondicionales. Cada día es más difícil someter al proletariado en organismos falsificados bajo una férula absurda y falaz. La Historia se ha encargado de demostrar las contradicciones y mentiras del capitalismo a la hora de la verdad.

Desde la Iglesia hasta el fascismo, todas las capas de la burguesía han prometido un régimen de «protección social»; pero dejando incólumes los fundamentos del régimen capitalista. Tantos fracasos han determinado un cambio constante de títulos y procedimientos en las organizaciones «amarillas»; pero siempre sin resultado. Hoy, cuando la unidad obrera amenaza los privilegios de las clases dominantes, vuelve a resucitarse en nuestro país el freno sindical contra el proletariado revolucionario: el Frente Nacional del Trabajo.

El hecho de que todos los periódicos reaccionarios propaguen su constitución dice bien claramente de qué se trata. No obstante, conviene localizar su celebración para conocerlo, saber a qué aspira y cuáles son los mejores remedios para combatirlo.

El Frente Nacional del Trabajo nace como paralelo de la organización fascista alemana, y recoge en su seno todas las supervivencias del catolicismo, de los Sindicatos libres y demás detritus de los renegados del proletariado. Sus principios carecen de fines emancipadores, pues su objeto es «el frente unitario de todos los Sindicatos profesionales como el único medio eficaz de combatir contra el frente marxista». Para encubrir esta mercancía se han redactado unas «Bases críticas», en las que se ha pretendido ingenuamente «colar» una resolución contra «el injusto favor de una minoría en perjuicio de la mayoría, acumulando en manos de los menos la mayor suma de beneficios», propugnando la transformación del sistema económico actual, donde «la satisfacción general sea el término de los dolores y las luchas sociales». Sin duda alguna, pensaban los trabajadores de verdad expresar sus sentimientos por este deseo, hasta que un intelectual revolucionario transformó la base, destruyendo la tímida crítica contra la desigualdad

sirviendo de piedra para el conglomerado que compone la muralla que siempre procura tener levantada la burguesía para esquivar los golpes que constantemente han de darle, y cada vez más fuertes, esos que en sus disertaciones abogan por una revolución social que transforme completamente los medios económicos, y que son en definitiva los verdaderos hombres de orden, ya que a lo que se aspira está reflejado, aunque incumplido, en la Carta fundamental: una República de trabajadores, que asegurará a todos las condiciones necesarias de una existencia digna.

Dejen ya los trabajadores de prestarse al juego de los que los esclavizan y súmense adonde deban estar: en la organización de clase, que, en cuanto se halle lo suficientemente asistida, lanzará por la borda a todo régimen que no sea una República de trabajadores.

EFEBE

de las clases y sustituyendo la rotunda afirmación de «transformar» por un «procurará transformar».

Basta esta «ligera» deformación para comprender el espíritu animador de las clases reaccionarias en su deseo protector de los «humildes». Sin embargo, bueno es constatar cómo el odio contra los poseedores de todas las riquezas se filtra aun entre las masas esclavas, cosa no prevista por privilegiados ignorantes cien por cien de la crisis económica de los trabajadores. Aparte la decepción sufrida por muchos obreros engañados, el Frente Nacional del Trabajo está llamado a recoger uno de los mejores fracasos que en tales empresas se cosechan. Porque España no es Alemania; lo sabe hasta el propio Vaticano, que habrá suspirado dolorosamente al leer las palabras del Sr. Gil Robles (uno de los más fervientes devotos del Frente Nacional del Trabajo) en su discurso de Valladolid: «Vencimos en las urnas y en la calle; pero no nos fué posible desalojar a la revolución del Poder.» «La revolución se propuso lograr que no pudiera funcionar el Parlamento, y procuró asimismo ahondar más el divorcio entre la mayoría que apoyaba al Gobierno y los hombres de éste.» Huelga decir que estos triunfos corresponden a la clase obrera, bajo la dirección del Partido Socialista, y que, incapaz la reacción de derrotarle, se decide a dividirlo, constituyendo ese Frente Nacional.

Al proletariado corresponde prestarle la más cuidada atención, aprestándose a combatirle sin tregua ni cuartel. Mucho más cuando la unidad de los trabajadores lleva camino de triunfar, pues si bien la importancia de aquél no es considerable y su derrota está asegurada, ésta debe producirse por nuestra acción y no por nuestra omisión.

Más que nunca necesitamos de propaganda sindical en constante captación de militantes. Más que nunca nuestros organismos deben perfeccionar su funcionamiento. Más que nunca el proletariado español debe comprender la importancia del movimiento sindical. Las condiciones objetivas de nuestro país favorecen nuestra marcha ascendente; pero esto también es obra de todos. El militante sindical tiene en esta hora importantes deberes que cumplir. Que no reniegue de ellos es la mejor consigna.

CARLOS HERNANDEZ

Tu conciencia

«Obrero consciente», «obrero honrado». ¿Sabes en qué consisten tu conciencia y tu honradez?

En dejarte explotar sin el menor signo de rebeldía.

En trabajar jornadas de más horas de las establecidas.

En dar tu sudor por jornales de hambre.

En doblar el espinazo, cuando pasa por tu lado el «amo», hasta dar con tu cabeza en el vientre.

En ir a misa sin tú creer en Dios.

En decir que tu amo es un potentado, mientras tú no comes.

En decir que los socialistas son unos ladrones; que las únicas personas decentes son los adinerados antimarxistas; que con el importe de los cigarros puros que se fuma tu «señor» se mantenía una familia.

En que si eres chofer, y hay niños pequeños en la familia, haces de niñera; en que si tienen perrito, quitas la basurita de las alfombrillas, te lavas las manos y... tan contento.

En decir que la realidad rusa es una farsa; que los civilizados italianos hacen bien en bombardear los hospitales abisinios; que la represión asturiana es invento de mentes alocadas; que la única verdad es que los revolucionarios vendieron carne de cura por kilos. ¡Qué lástima!

Sí, «obrero consciente», «obrero honrado», en esto consisten tu conciencia y tu honradez: en que eres juguete de tu «amo» y desconoces la hermosa rebeldía.

El Programa Socialista

Pablo Iglesias. Marzo-mayo de 1886. Revisado y corregido en 1910

IV

Una de las cosas que con más interés niegan los órganos de la burguesía es que el Poder político o, lo que es lo mismo, el Estado, en sus diversas manifestaciones, que se halla en manos de dicha clase, funcione solamente a favor de los intereses de ésta y en contra de los intereses de la clase proletaria.

Sin embargo, nada tan exacto como la afirmación estampada en nuestro programa, y que dice así:

«Los privilegios de la burguesía están garantizados por el Poder político, del cual se vale aquélla para dominar al proletariado.»

Veámoslo:

¿Dónde se proyectan, discuten y aprueban las leyes que rigen la sociedad presente? En el Parlamento, en el «templo de las leyes», según le llaman enfáticamente los oradores de la burguesía y los escritores que están a su servicio.

¿Y quiénes eligen el Parlamento? ¿Quiénes le forman? La elección, ya sea por medio de un sistema restrictivo, ya por otro más amplio, o por el sufragio universal, la verifican siempre los privilegiados. Como la libertad política, única que hoy cabe tener, no lleva aparejada la libertad económica, el obrero, libre políticamente para votar a quien le parezca, no lo es por la esclavitud que le impone el taller o la fábrica. La prueba de que aun con el sufragio universal las elecciones son hechas por los burgueses nos la suministran los países en que ha imperado e impera ese sistema de elección, tales como el nuestro, Francia, Suiza, Alemania y los Estados Unidos. Nosotros defendemos el sufragio universal por ser un excelente medio de agitación y propaganda para nuestras ideas; pero le negamos la virtud de poder por sí mismo emancipar la clase proletaria.

En cuanto a los individuos que van a los Parlamentos, la inmensa mayoría proceden de las filas de la burguesía, teniendo ésta muy buen cuidado de enviar allí a

los que reúnen mejores condiciones para ser fieles guardianes de los privilegios capitalistas.

Quizá no falte quien objete a lo que decimos que los ingenieros, los médicos, escritores y otros individuos

que ejercen profesiones intelectuales no son burgueses, sino trabajadores, y trabajadores de superior calidad. Pero esta objeción carece de valor real. En efecto: el médico, el ingeniero, el escritor, etc., etcétera, son obreros, y obreros muy apreciables, a quienes veríamos con gusto a nuestro lado defendiendo su propia causa. Mas cuando esos obreros se consagran a defender a la clase explotadora, a ser su mejor escudo y los mantenedores de sus monopolios, no sólo merecen el calificativo de burgueses, sino que para nosotros lo son más que los propiamente tales. En este caso se encuentra la mayoría de los hombres de carrera que componen hoy los Parlamentos.

Si el Parlamento está, pues, constituido en su mayor parte por hombres procedentes de la clase burguesa, ¿qué espíritu informarán las leyes que en él se elaboran? Forzosa y necesariamente, aquel que convenga a sus representados.

En dos solos grupos pueden descomponerse todas las leyes que emanan de esos cuerpos: uno, sumamente numeroso, formado por las leyes y disposiciones que tienen por objeto facilitar el desarrollo de todos los vicios de riqueza, de todas las fuentes de

producción, no para beneficio del país en general, sino para el enriquecimiento del bando capitalista. Si por efecto de dichas leyes resulta un progreso, un bienestar para la nación, no es porque haya habido propósito al dictar aquéllas, sino porque se ha producido sin pensar en tal fin.

El segundo grupo es más reducido, y las leyes que lo componen están en perfecta armonía con las del anterior, pues si aquéllas benefician a la clase parásita, éstas tienden a dominar, a someter, a esclavizar hasta el



La Casa del Pueblo, que, a pesar de haberse restablecido las garantías constitucionales, sigue cerrada. El carlino de Gil-Lerroux a los obreros sigue firme y vivo en el corazón de Portela Valladares.

(Fot. Díaz Casariego.)

El tiro por la culata

Hay dimisiones apetecidas que luego resultan lo que vulgarmente se dice: «el tiro por la culata». Y es que así como hay revolucionarismos que luego quedan en juegos de salón, los hay que, por haber tomado en serio el camino a seguir, lo siguen hasta donde sea preciso, aun cuando sea preciso dejar bien patente que ciertas cosas no son para juegos.

Ya conoces, lector, el heroísmo de quien se tiró al agua a salvar a uno que se ahogaba, y luego resultó que no se había tirado, sino que había caído porque le empujaron por detrás; pues bien: como el del lance la muchedumbre sólo sabía lo que a la vista estaba, el héroe por fuerza siguió haciendo figura de héroe, y ¡cualquiera se atrevía a regatearle el derecho de meter su cuchara hasta el mango cuando a discutir de heroísmos, pasados, presentes y venideros, se terciaba! Lo malo—o lo bueno—es que algunos estaban muy cerca del pretil,

último extremo a los individuos de la clase productora. Se votan, pues, en el Parlamento: de una parte, presupuestos, empréstitos, concesiones, tratados de comercio, indemnizaciones, viudedades, etc., etc., todo ello favorable a la burguesía; y de otra, leyes de orden público, códigos, aumentos en la fuerza armada y otras por el estilo, que tienden exclusivamente a atar de pies y manos a la clase trabajadora.

Lo que no se vota en el Parlamento, como no sea por la presión que ejerzan sobre él los obreros organizados, son leyes que reduzcan la jornada de trabajo, que determinen un mínimo de salario, que impongan una baja en los alquileres de las habitaciones, que hagan efectiva la responsabilidad de los patronos en los accidentes ocurridos en las fábricas y talleres, que impidan la escandalosa e irritante explotación que se ejerce con los niños y las mujeres, a quienes por dos o tres reales se hace trabajar diez, doce y catorce horas al día; que faciliten recursos a los obreros que padecen hambre por carecer de trabajo, a consecuencia de lo mucho que se ha explotado antes su fuerza, y tantas y tantas otras medidas como los infortunios de la clase necesitada exigen.

Y no hay que temer, no, que las resoluciones del Parlamento dejen de cumplirse, sobre todo en lo que tienen de esenciales, y que el Poder ejecutivo o Gobierno vaya a adoptar acuerdos contrarios a aquéllas. Si el Parlamento es el timonel de la clase burguesa, y siempre está alerta para evitarle todo choque y peligro, el Gobierno, aunque pueda parecer otra cosa, juzgando equivocadamente ciertos hechos, es el servidor del Parlamento, su delegado, y, por lo tanto, si no quieren ser depuestos los individuos que le forman, si no quieren perder sus elevadas posiciones, han de cumplir lo que aquél les mande.

Y no es sólo ya que los legisladores sean en su mayoría burgueses, y los principales ejecutores de ellas también, sino que las distintas fuerzas que sirven de sostén a los privilegiados patronales tienen a su frente burgueses o hijos de burgueses.

Véase el ejército, y, salvo algunas excepciones, el estado mayor. Los directores de esa fuerza pertenecen a la clase dominante.

Obsérvese la magistratura, y se comprobará lo mismo.

(Continuará.)

sabían a fondo lo del empujón, y hasta la desesperada resistencia opuesta para sujetarse y no caerse por temor al remojón, y a éstos, ¡cualquiera les iba también con cuentos de miedo y de fantasmas!

Ahora bien: hay quien vitorea al Héroe y hay quien vitorea al Heroísmo. Lo primero tiene el inconveniente de levantar sarpullidos en quienes reniegan de glorificaciones personales cada vez que la glorificación, por ir a otros, les da pie para entonar un himno a las Ideas, que han de ser algo abstracto, sin encarnación ni reencarnación posible. Para evitar tiquismiquis (que son pretextos cómodos para distraerse del nudo de la cuestión, así como el plantar a unos metros del bosque una cortina de árboles es buen medio para ocultar aquél) vitoreemos, pues, al Heroísmo. Así, sin nombre de nadie; como si dijéramos marxismo sin querer acordarnos de Marx, o leninismo sin querer saber que hubo un Lenin por el mundo. Bueno. Pero el hecho es, y esto es lo esencial, que el marxismo y el leninismo son una realidad. Si queréis, para complacer o para no irritar la sensibilidad antipersonalista de algunos señores, no cite-mos, pues, ningún nombre: aquí no hay jefes ni dictadores, y todos somos iguales: el que sabe y el que no, el que se cayó al agua porque le empujaron y el que se tiró bravamente, conscientemente, para salvar a muchos, el que representa la voluntad de una masa y el que procuró o procura torcer esta voluntad sin que la masa lo advierta. Todos uno y lo mismo: el que no puede salir a la calle porque los trabajadores le estrujarían a abrazos y los que no pueden salir para que no les llenen de improperios. Sí, señor; esto es democracia y esto es reglamento, y yo tengo derecho a opinar y a votar, y a querer decidir con mi voto de la marcha de un ejército (pongamos ejército cual símbolo de máxima disciplina), cuya opinión se me mostró claramente adversa en esta, y la otra, y aquella ocasión... Y ríanse ustedes de las danzas de los pieles rojas en torno al poste al que han sujetado —con ligaduras finísimas— un prisionero, ¡por fin!, cazado a lazo. Pero el prisionero, a veces, y en contra de lo que esperaban sus cazadores, con un gesto enérgico se desprende de todas esas cuerdecitas, tan bien enmarañadas —como que se venía estudiando la maraña hacía meses—, y de una patada, así, de una patada, manda a rodar por tierra a los pigmeos que se creían más altos que Gulliver, porque creían tener ya a éste tumbado para siempre.

Me dirás, lector, que todo esto son disquisiciones harto confusas, y que te diga ya de una vez, claramente, a qué vienen. ¡Ah!, pues a que tal vez haya llegado ya la hora de averiguar cuáles son, entre los que se tiraron al agua y hablan en nombre de sus heroicos chapuzones, los que se tiraron voluntariamente y los que se cayeron porque les empujaron; cuáles los que, en el momento de caer—no de tirarse—, se agarraban desesperadamente al pretil; cuáles, además de temer al agua fría para sí mismos, hicieron lo imposible —para no quedar en evidencia— por impedir que otros realizaran lo que a ellos les venía ancho. Y después de todas esas averiguaciones, si te place, seguiremos vitoreando al Heroísmo y no al Héroe, así como podremos seguir hablando de marxismo sin citar a Marx y de leninismo sin citar a Lenin. Lo esencial es que el marxismo y el leninismo son una realidad, y que una realidad es que hay quien sabe y quiere seguir su ruta, y quienes de esta ruta no quieren saber ni el primer paso. Y no es menos esencial que los tiros que salen por la culata meten aún más estrépito que los que salen a derechas, y con su estruendo abren los ojos, a la fuerza, a los que más empeñadamente los tenían cerrados.

MARGARITA NELKEN

¡Milagro! ¡Milagro!

Estamos contentísimos. ¡Y la cosa no es para menos! Porque cuando uno se encuentra así tan solo, tan desamparado, dejado de la mano de Dios, y de golpe y porrazo aparece *eso*, es para echar las campanas a vuelo y elevar fervorosamente los ojos al cielo, exclamando: ¡Milagro! ¡Milagro!... ¿Que ustedes no creen en milagros? Pues peor para ustedes.

Claro que yo tampoco creía. Era tan incrédulo como aquel santo (¡qué santo más rebelde!) que decía: «Ver para creer.» Y ahora *creo* porque *he visto*...

¡Milagro! ¡Milagro! ¡Y qué milagro! El de la Virgen de Ezquioga no es nada comparado con éste. En este milagro no le han reservado ningún papel a la Virgen. Aquí sólo hay santos varones que trabajan entre bastidores. Son tan modestos, que ni siquiera permiten que aparezcan sus nombres en los modestos programas... Bueno. Hablando así parece que se trata de una compañía de teatro, y no hay tal. Cierto que hay por medio una *Compañía*, y que a todo lo que se hace se le echa bastante *teatro*. Pero *esta Compañía* trabaja siempre a puerta cerrada, y sus actores no salen jamás al escenario. Eso queda para los *meritorios*, que, por cierto, cumplen muy bien su cometido. Y volvamos a lo del milagro.

Habrà algún escéptico que diga: «¡A mí con milagros!...» Sí, señor; a usted y a todos. Además, que no se vaya usted a creer que es un milagro cualquiera. No, no. En estos tiempos de ateísmo, el hacer un milagro tiene que ser algo serio, algo que pueda interesar, sobre todo a la clase trabajadora, tan descarriada por culpa de

los marxistas. Había que hacer un milagro que hiciese época. (¡Estaba tan desacreditado esto de los milagros!) Y el milagro está hecho, con la seguridad, además, de que irán saliendo otros que completen este que podríamos llamar «el milagro padre». Pero, después de tanta retórica, aún no he dicho en qué consiste. Helo aquí:

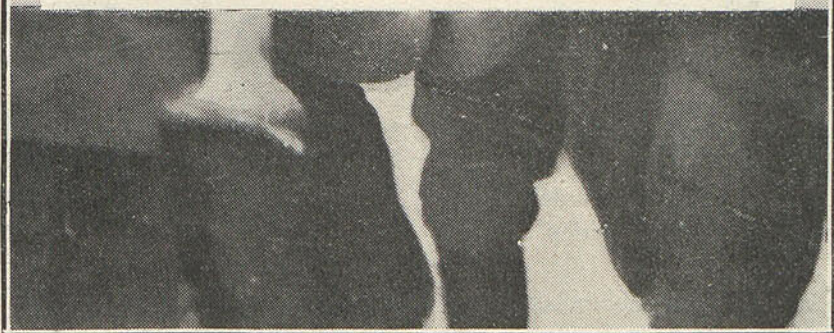
De la noche a la mañana aparece una llamada Con-

federación Nacional de Defensa del Trabajador, cuya principal misión es poner alerta a los incautos trabajadores para que no caigan en la red que les tienden los partidos políticos de izquierda. ¿Que nadie conoce a un solo afiliado a esa llamada Confederación? ¡Pues ahí está el milagro! En que es un *organismo* que no necesita tener militantes, y que nadie sabe —aun cuando todos lo sepamos— quiénes le dirigen. Hay quien le llama humorísticamente la Confederación fantasma. Pero ésos son precisamente los incrédulos recalcitrantes o, más bien, los amigos de llevar a todo la contraria. El milagro está hecho, y los obreros, que han tenido que reconocerlo así, saben que Azaña es un *tal*, que Prieto es *esto* y que Caballero es *lo otro*. Y saben que votar a las izquierdas es el caos, la órdiga, la caraba y no sé cuántas cosas más. Saben también que no hay que abstenerse ni votar a los candidatos de centro. Y no votando por las izquierdas ni a los gubernamentales, ¿tendrán que votar acaso la candidatura de Acción popular? De eso nada les han dicho. Pero hay muchos obreros que

LA GUERRA EN ABISINIA



Por un respeto al buen gusto cruzamos la presente foto con esta franja blanca.



Cómo civilizan los invasores fascistas a los abisinios...

creen que será así, porque recuerdan cierta recomendación escrita en lugar muy visitado, y que rezaba: «No tiréis de la cadena. Todo *pa'l jefe!*»

Claro está que se refería a los votos de todos los *buenos* españoles.

A. DE LA PUEBLA

Votar por las izquierdas es votar contra el fascismo

CARTELES ELECTORALES



Este cuadro muestra las delicias del régimen capitalista... Este obrero, viejo e inútil, tiene como premio a su vida de laboriosidad la más espantosa miseria para él y los suyos.

¡Es el paraíso que nos brinda el triunfo de las derechas, triunfo del fascismo!

(Fot. Díaz Casariego.)

La represión de Asturias

Son las nueve y quince de la mañana del día 12 de enero... Suena el pito de una locomotora y trepidar de vagones. Un fuerte golpeteo de los topes nos anuncia la detención de un tren bajo la marquesina de la estación del Norte, de Madrid.

El andén queda desierto por la amenaza de las porras de los guardias de asalto; pero no impiden una exclamación producida por la emoción.

Se nota en los ojos de la gente del pueblo las primeras lágrimas, los corazones se oprimen y palpitan angustiosos. ¡Han llegado los hijos de los mineros asturianos!

Por las ventanillas de los vagones asoman unas cabecitas y puños crispados recordando un pasado. Las caras y los puños están negros del humo de la máquina que conducen gustosos unos proletarios, porque transportan a sus hermanos de clase. ¡Los puños de los niños vienen negros; pero el corazón, rojo!

En el patio de la estación los espera el noble pueblo de Madrid, compungido y lloroso, para ofrecerles el calor y cariño que perdieron por una represión mixta: ordenó el cristiano y practicó el moro.

Yo presencio el espectáculo en compañía de mis hijos; todos saludamos a los pioneros asturianos. El pueblo de Madrid llora conmovido y levanta los puños pidiendo venganza para unos huérfanos inocentes. Mi corazón sensible no puede presenciar esta escena y me retiro con mis hijos.

Los taxistas ofrecen sus coches generosamente para transportar a los niños astures al corazón de la capital de la República. ¿Qué importa que estos coches conserven del día anterior el perfume de una dama aristocrática, o el aroma del veguero de un burgués, para que el obrero taxista quiera marchitarlo con la unión del proletariado por mediación de sus pioneros?

Comienza el desfile entre vítores y aplausos y demostraciones de simpatía y cariño fraternal. Los guardias que guardan el orden no sé qué pensarán de este espectáculo; algunos tendrán hijos; toca un pito el oficial y no pasa nada. ¡No puede pasar nada!

Desde lejos presencio el desfile; mis hijos están nerviosos; noto que su tierno cerebro comprende algo de lo que esto significa; los miro, y miro a los hijos de los mineros asturianos; nuevamente la emoción me sube a los ojos, y me retiro definitivamente. ¡No puedo más!

P. COSMEN